

Introducción

De lo cívico, lo humano y lo pedagógico

Pensar y escribir sobre educación, en general, y sobre educación cívica, en particular, siempre supone en cierta medida una actividad arriesgada, pues implica una tarea análoga a la de escribir sobre la propia vida y la de relatarnos a nosotros mismos. Nos resulta tan central a nuestra existencia humana y nos toca tan adentro en nuestro corazón y en nuestras experiencias cotidianas, que se antoja difícil imaginar que algún ser humano no se sienta de alguna manera interpelado con lo que concierne a lo que llamamos *cívico*. En efecto, la locución latina de Terencio *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*¹, adquiere un sentido singular y una particular relevancia cuando se refiere a los modos más deseables de vivir juntos y al papel que la educación puede desempeñar en su desarrollo en las distintas etapas de la existencia humana. Esto es así porque lo cívico, en cuanto que vivir con los otros, nos constituye como humanos, es parte inherente y fundamental en el proceso de humanización (Fraser-Burgess y Higgins, 2024).

1. En español «Soy persona y no creo que nada que tenga que ver con las personas me haya de ser ajeno» (Acto 1, escena primera, 2019, p. 162).

A la luz del panorama de polarización actual en el ámbito social y político, se hace evidente la necesidad de pensar y fomentar la educación cívica entre los jóvenes mediante formas educativas que atiendan a las específicas características del contexto sociohistórico. Las alarmas que en este contexto resuenan por doquier en torno al quebrantamiento de la idea de la democracia, son también las de la fragilidad de la convivencia humana y, en el fondo, el estridente sonido del temor al resurgimiento de formas de organización social poco respetuosas con la libertad inherente a la dignidad humana. Los sistemas democráticos se encuentran en los primeros años del tercer milenio XXI ante el reto de responder a amenazas que, si bien han aparecido y desaparecido en otros momentos históricos, cabe leerlas hoy en claves interpretativas de gran transcendencia para su presente y su futuro inmediato, y de una no menor profundidad social, ética y educativa. Así, merece la pena recordar las palabras de Albert Camus (2021) en uno de sus artículos de corte más político que literario, en torno a la idea de la actitud democrática como algo en retroceso en nuestros días, lo que la convierte en una advertencia normativa y premonitoria:

El demócrata, a fin de cuentas, es el que admite que un adversario puede tener razón, deja en consecuencia que se exprese y acepta pensarse sus argumentos. Cuando unos partidos o unos hombres están lo suficientemente persuadidos de sus razones para consentir en cerrarles la boca por medio de la violencia a quienes les contradicen, entonces la democracia ha dejado de existir (p. 378).

Afortunadamente, no se encuentra entre los rasgos identitarios de quienes se definen como educadores o pedagogos el mirar para otro lado, el encogerse de hombros o simplemente mirar con pesimismo el mundo advenedizo que se viene esbozando en el ya avanzado siglo XXI, en el que es necesario resignificar el concepto de democracia, hacer valer sus pilares y tomar conciencia de su

relevancia para el bienestar y plenitud social, pero también individual. Quienes escriben estas líneas no reniegan de la actividad esperanzadora de mirar al futuro con el mismo optimismo y ardor que infundían las palabras de Hannah Arendt cuando descubría en el ser humano la capacidad de traer la novedad al mundo. Una fuerza humana con potencial renovador, que comienza una y otra vez en cada generación, en cada individuo, en cada ciudadano y, por consiguiente, en cada sociedad. Pues precisamente esta tarea de imaginación de mundos posibles es, sin duda alguna, una tarea y una responsabilidad cívica, susceptible de ser liderada y estimulada desde las instituciones educativas, cuna por excelencia del pensamiento pedagógico.

Sin embargo, con pretensiones sencillas e intenciones explícitas, se articula este libro en tres capítulos de distinta naturaleza, que esperan encontrar entre sus potenciales lectores al profesorado universitario de distintas disciplinas académicas, con intereses investigadores y docentes en la promoción educativa del civismo y, de manera más específica pero en ningún caso exclusiva, a quienes perciben con esperanza las aportaciones de la teoría y la filosofía de la educación, como una voz necesaria y profunda que trasciende las modas desde la reflexión y la deliberación pedagógica; a educadores de distintos niveles y contextos educativos, no limitados estrictamente al ámbito escolar, sino también al no formal donde ocurren numerosas experiencias de gran potencial cívico; así como a un público general que presencia la realidad social y la política actual, y en el ejercicio activo de su espíritu crítico percibe con inquietud la responsabilidad ciudadana y la conciencia democrática. Así, el primer capítulo conduce nuestros pensamientos a sintetizar en una decena de puntos clave entrecruzados lo que venimos a definir como educación cívica, con sus luces y sus sombras, pros y contras, desesperanzas y motivos para la confianza. En ellos se interrelacionan las concepciones clásicas con las contemporáneas

y tecnológicas, proporcionando una visión amplia en cuanto a objetivos, metodologías y contextos de aplicación. Esta acción educativa en el espacio cívico no se reduce al lugar demarcado por las cuatro paredes del aula clásica y a los contenidos determinados por los currículums, pues, aunque los transita con especial atención, los trasciende e incluye en una concepción más amplia de la constelación pública.

A continuación, nos adentramos en el segundo capítulo que proporciona un análisis de lo que concebimos como algunos de los problemas más relevantes de las democracias actuales. Por un lado, la polarización política fundada en la desconfianza cínica entre ciudadanos, que ha dado lugar al surgimiento de una nueva forma de identidad política, tiránica y reactiva, lastrada por la ira y proyectada en el odio hacia quienes considera enemigos y traidores a una visión simplista y exclusivista del bien común. Su muleta de apoyo ha sido la de la posverdad, que ha nacido en una democracia vacía de contenido, pero pretendidamente excelsa en sus procedimientos. Una posverdad que ha sido acogida de forma cálida por el escepticismo pragmatista y que encuentra ahora en ella la culminación de un éxito anunciado años atrás, en la raigambre de su articulación teórica. Pero cabe pensar una educación cívica distinta que no sea absorbida plenamente por la política y que perciba en las instituciones de la educación superior un liderazgo que no se amilane ante el fantasma del pensamiento débil o la superficialidad filosófica. Es, además, un civismo sustentado en las despreciadas virtudes de la amabilidad, entendidas como el nexo de unión en el ámbito de las relaciones sociales y parte de su fundamento ético.

Finalmente, concluimos con un capítulo sobre la educación del perdón, entendido como aquella experiencia humana fundamental de naturaleza misteriosa que forma parte de las citadas virtudes de la amabilidad y que posee una profundidad tal que rara

vez se entiende con la precisión adecuada. Como tal experiencia básica, ha sido aproximado en numerosas ocasiones y desde distintas disciplinas, pero su pertinencia para la sociedad polarizada requiere estudiar las posibilidades de trasladarlo desde el plano individual al social y justifica que lo revisitemos una vez más, como lo hacemos con los textos clásicos, esperando que nos alumbren en la noche oscura.

Sin más, y pretendiendo practicar de forma coherente lo predicado en otra valiosa virtud de la amabilidad, quisiéramos agradecer a la Fundación Europea Sociedad y Educación por confiar en nosotros para iniciar el proyecto en el que surgió la semilla que posteriormente se convirtió en este libro. A los compañeros de la red internacional de educación cívica que se conformó en dicho proyecto, de la que surgieron encuentros, conversaciones, consensos y disensos propios del diálogo cívico. A Miguel Ángel, Lola, Livia, Andrew, Elvira, Jana, Nuno, Patricia, Rafael y Štefan. A Marion Stoler y Daniela Maffeo de la Fundación Porticus, por su apoyo y acompañamiento. Gracias también a los compañeros del grupo de investigación Educación, Ciudadanía y Carácter de la Universidad de Navarra y a los grupos Configuraciones Pedagógicas y Prácticas Cívico Sociales, así como Cultura Cívica y Políticas Educativas de la Universidad Complutense de Madrid, donde nuestra trayectoria se ha alimentado durante años del compromiso educativo y cívico de sus miembros.

Concepción Naval y Juan Luis Fuentes
Pamplona y Madrid, octubre de 2025.